Alemania, 1933: La hora de HITLER

El canciller Hitler y el presidente Hindenburg, en una postal nazi de la época. La leyenda afirma: "Un día histórico: 30 enero 1933".

El 30 de enero de 1933, hace 70 años, Adolf Hitler fue nombrado canciller de Alemania. Alcanzaba el poder gracias a una conspiración política, pero también al apoyo de millones de alemanes, que esperaban de él la prometida solución a la crisis en que había quedado sumido el país tras la derrota en la Primera Guerra Mundial y la Gran Depresión. Había sonado la hora de los nazis

Hitler, asalto al poder
David Solar
pág. 36

Una sociedad de masas
José Sánchez Jiménez
pág. 43

Economía de guerra
Á. Bahamonde Magro
pág. 48

La esencia creadora de la raza
Raquel Álvarez
pág. 52

El 30 de enero de 1933, hace 70 años, el presidente Hindenburg entregó al líder nacionalsocialista la Cancillería. **David Solar** narra el vertiginoso ascenso electoral nazi y las triquiñuelas políticas que les ofrecieron Alemania en bandeja

Hindenburg y Hitler se dirigen, en coche descubierto, a la concentración reunida el 1 de mayo de 1933 para celebrar el Día Nacional del Trabajo.

Ningún poder del mundo me sacará de aquí con vida", dijo Adolf Hitler pensando en voz alta. Era de noche desde hacía horas, pero se negaba a retirarse de la ventana del segundo piso de la Cancillería, desde la que contemplaba embelesado el desfile de antorchas que Joseph Goebbels y Ernst Röhm le habían organizado, con la participación de más de veinticinco mil hombres de las milicias nazis de las SA y las SS.

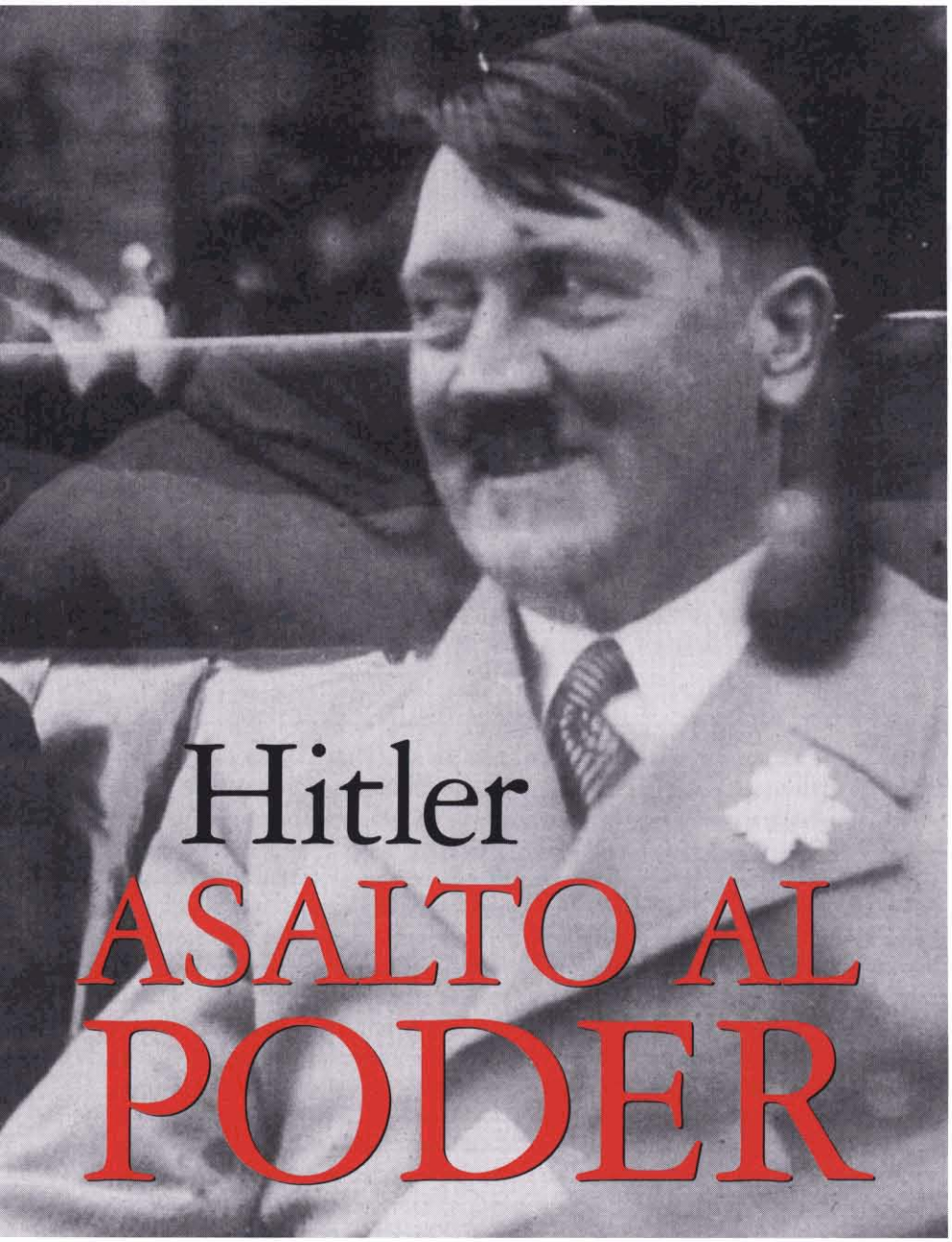
La procesión de luminarias que cantaba himnos patrióticos partía del Tiergarten, atravesaba la plaza de Potsdam para dirigirse a la la Wilhelmstrasse y pasar ante la Presidencia y la Cancillería, antes de concluir su recorrido en la Puerta de Brandeburgo. Hitler se complacía con el desfile, que constituía una manifestación de su poder. Durante horas presenció el paso incesante de las antorchas, sumido en sus pensamientos y apenas sin hablar con Franz von Papen, Rudolf Hess, Hermann Goering y Wilhelm Frick, que, tras él, también seguían el espectáculo.

David Solar, periodista, director de La Aventura de la Historia, es autor de *El último día de Hitler*.

Aquel interminable y ruidoso desfile y un pequeño tiroteo en los arrabales de Berlín fueron las únicas perturbaciones que sacudieron la capital alemana hace 70 años, en la tarde del 30 de enero de 1933, tras el encumbramiento de Hitler a la Cancillería del Reich.

Entre las causas inmediatas que propiciaron el ascenso del nazismo se hallaban dos, coincidentes en el tiempo: la tragedia económica alemana desencadenada por la Gran Depresión y las reparaciones de guerra. Los vencedores de 1918 estaban empeñadas en cobrar a Alemania las indemnizaciones decididas por la Conferencia de Paz de Versalles. La última comisión que había estudiado el caso propuso en La Haya, 1929, que Berlín pagara 57 anualidades de 1.988 millones de marcos, ¡con lo que terminaría de saldar su penalización en 1986! Aquella arbitrariedad irritó a la mayoría de los alemanes, ya muy atribulados por su situación económica.

Una de las formaciones que actuaron como portaestandartes de la protesta fue el Partido Nacional Socialista (NSDAP), liderado por Hitler, que acusó al Gobierno de convertir Alemania en una colonia franco-británica. Otro partido contrario a las reparaciones de guerra era el Nacional Alemán, conocido como



Hitler ASALTO AL PODER

Desde la ventana de la Cancillería, **Hitler saluda al desfile de antorchas**, organizado para celebrar su designación como canciller.

Stahlhelm (Casco de Acero). La empresa común de oponerse a la aceptación de las reparaciones de guerra los alió por algún tiempo. Pero era una amistad ideológicamente *contra natura* y cuantitativamente desigual: el *Stahlhelm* tenía un millón de afiliados: antigua nobleza, grandes terratenientes, militares, magistrados e industriales de ideología conservadora y monárquica. Por el contrario, el NSDAP tenía poco más de cien mil carnets de fanáticos, iluminados, burgueses arruinados y obreros resentidos; predicaba la revolución, la destrucción del viejo orden y un sistema dictatorial para salvar la patria. Fue un matrimonio de intereses: la derecha buscaba el mensaje inflamado de los nazis y la violencia de sus milicias, las SA; Hitler trataba de acercarse al mundo del dinero y de la respetabilidad.

El NSDAP comenzó a recoger los frutos de esa alianza en las elecciones regionales de 1929 y en el desprestigio gubernamental. Alemania no podía hacer frente al compromiso de La Haya, pero el Gobierno decidió cumplir lo firmado, detrayendo un 3,5 % del salario de los trabajadores, que resultó insuficiente y hubo de aumentarse hasta un 3,75 %. El canciller Hermann Müller pretendió sacar adelante la medida por medio de un decreto presidencial. Pero Hindenburg se negó a emplear ese poder y Müller presentó la dimisión. Le sucedió el centrista Heinrich Brüning.

El viejo mariscal había abierto la *Caja de Pandora*, destruyendo de un plumazo el sistema parlamentario de la República de Weimar. En adelante, los jefes de Gobierno ya no saldrían de las mayorías parlamentarias, sino de los poderes constitucionales del presidente.

En el verano de 1930, la crisis económica arrasó el escenario político. Brüning intentó subir los impuestos y fue derrotado en el Parlamento, por lo que tuvo que disolverlo, convocando elecciones el 14 de septiembre.

A favor de la corriente

La situación en Alemania era desastrosa: el paro ascendía a tres millones de trabajadores; los horarios laborales habían sido reducidos y, proporcionalmente, también los salarios; la inflación se había disparado, se retraía la producción industrial y agrícola. Las desdichas nacionales empujaban viento en popa al NSDAP; su jefe de campaña, Goebbels, organizó más de seis mil mítines, precedidos por grandes desfiles militares de las SA con sus bandas militares y cerra-

dos por desfiles nocturnos con antorchas. Según el guión de Goebbels, los oradores nazis debían recordar *la puñalada por la espalda* responsable de la derrota en la Gran Guerra, las humillantes indemnizaciones, la ocupación extranjera, la corrupción republicana, el peligro semita.

La del 14 de septiembre fue una jornada apoteósica para los nazis: esperaban tres millones de votos y 45 escaños y lograron 6.406.000 y 107. Hitler se convertía, a sus 41 años, en el líder más importante de la oposición. Propios y extraños se admiraron de la brillantez de su campaña. Sus detractores dentro del NSDAP no volverían a levantar cabeza; sus rivales políticos sintieron la amenaza de la dictadura nazi.

Tras las elecciones, Hindenburg confirmó a Brüning en la Cancillería, pero

Los camisas pardas de las SA libraron en los procesos electorales de 1932 auténticas batallas campales con los comunistas.

el Gobierno no pudo embridar la situación: a finales de 1930, el paro ascendía a 4.900.000 de trabajadores. Los conflictos absorbían las energías del país y sólo el NSDAP parecía tener coraje para ofrecer alternativas. Al tiempo, los grandes del dinero comenzaban a fiarse de Hitler y a interesarse por sus ideas: denuncia de las indemnizaciones y de los acuerdos de limitación armamentística del Ejército; intensificación de las obras públicas, para terminar con el paro; aumento del parque móvil, con la creación de un modelo popular; remilitarización de Renania... Cierto que sus ideas sobre la democracia eran deleznables, pero cerraban los ojos, "pues no estaban los tiempos para delicadezas".

En el verano de 1931 estaba en paro un tercio de los obreros alemanes y la

La conspiración

El final de 1932 no podía ser más inquietante para los tres personajes que rondaban la Cancillería. El canciller Schleicher había perdido la confianza del presidente y la amistad de su hijo, Oskar Hindenburg. El 31 de enero se abriría el Parlamento y tendría que hacer frente a una moción de censura, que le derribaría; habría que disolver el Reichstag e ir a nuevas elecciones. En ese proceso, pasara lo que pasara, perdería el poder. Su solución era disolver las cámaras y gobernar por decreto, sin convocar elecciones hasta que fuese el momento propicio. Como Hindenburg se mantuviera absolutamente en contra, Schleicher comenzó a pensar en un gabinete en el que él pudiera tener la cartera de Defensa, pero, en ese caso, el canciller no podría ser nunca Von Papen, convertido en mortal enemigo.

Por su lado, Von Papen deseaba vengarse y regresar al poder. Conservaba el aprecio de Hindenburg, pero su respaldo político era mínimo. Por tanto, decidió acercarse a Hitler y lo hizo por medio del banquero Kurt von Schröeder, que los reunió a ambos secretamente en su casa de Colonia el 4 de enero de 1933. En la reunión quedó claro que el acuerdo era posible, pero Hitler sólo aceptaba si se le entregaba la Cancillería. Von Papen comenzó a calcular su papel con Hitler como canciller y entró en el juego; sólo necesitaba que lo aceptara Hindenburg.

El 18 de enero volvieron a reunirse, esta vez en casa de Joachim von Ribbentrop, comerciante en champagnes, que por entonces se estaba acercando al partido nazi. Von Papen cede la Cancillería a Hitler, pero sólo dos ministerios –uno de ellos, simbólico– única estrategia que podría convencer a Hindenburg... En ese reunión se planifica otra a la que deberían concurrir Oskar Hindenburg y Otto Meissner, secretario de Estado, es decir, las dos personas más próximas al presidente y ambos ya enemigos de Schleicher. El encuentro tuvo lugar en la noche del 22 de enero, también en casa de Ribbentrop, con buen acompañamiento de vino espumoso. Oskar y Otto ven difícil que Hindenburg se convenza, pero quedan en intentarlo.

El 24 de enero hubo una nueva reunión entre Von Papen, Hemann Goering y Wilhelm Frick, que serían los titulares de las dos carteras nazis. Von Papen les informa que Hindenburg se lo está pensando y que ha rechazado las propuestas que le ha presentado Schleicher. El presidente está preocupado por la cartera de Defensa. El 29, domingo, por la mañana hubo otra reunión, esta vez con asistencia de Hitler. Papen les informa que Alfred Hugenberg, dirigente del Partido Nacional del Pueblo Alemán (Casco de Acero) entra en la combinación del gabinete, con lo que se lograría la mayoría parlamentaria. Cuenta, también, que Schleicher está desesperado, al punto de que recomendaría a Hitler como canciller siempre que se le diera la cartera de Defensa, pero Hindenburg no quiere otorgársela, por lo que ha llamado a Berlín a un hombre de su confianza, el mariscal Otto von Blomberg.

En la tarde del domingo, 29, Schleicher se reúne con diversos generales con mando sobre la guarnición de Berlín para plantear el asunto de la Cartera de Defensa y comenta con ellos que en la apertura del Reichstag del martes, 31, tendrá que afrontar una moción de censura... sólo le quedaría irse a casa o una salida autoritaria. Se entera entonces que el presidente ha llamado a von Blomberg a Berlín... esas reuniones y conversaciones provocan el rumor de que esta preparando un golpe militar... Y Goebbels lo aprovechó a fondo.

A la mañana siguiente, llega von Blomberg a la estación de ferrocarril y halla a dos militares esperándole; un mayor, enviado por el canciller, para que se presente en el Ministerio de Defensa y un coronel, Oskar Hindenburg, con la orden de que se presente en la Presidencia. Se impone la graduación y se traslada a la Presidencia. La escena de la estación convence a Hindenburg del complot de Schleicher. Allí mismo, en maniobra de dudosa legalidad, designa a Von Blomberg ministro de Defensa, firma la destitución de Schleicher y disuelve su gabinete... Hitler ya podía pasar.

situación bancaria era desesperada (357 quiebras tras el *crack* de 1929). Brüning tuvo que remodelar su Gobierno, lo que hizo que Hindenburg convocara a Hitler en la Presidencia el 10 de octubre de 1931. El antiguo cabo se presentó ante el mariscal vestido de chaqué; educado y deferente, procuró disipar sus recelos. Le reiteró que sólo alcanzaría el poder por medios constitucionales... Hasta el despacho llegaban los vítores de millares de nazis congregados en la Wilhelmstrasse, que arreciaron cuando Hitler salió del palacio. Hindenburg reiteró a sus colaboradores su recelo: "No le haría ni ministro de Correos".

Era sólo un exabrupto. El Gobierno tenía que negociar con Hitler: el 6 de enero de 1932, Brüning le pidió apoyo parlamentario para prorrogar el mandato presidencial de Hindenburg, que concluía en abril. Como no llegaran a un acuerdo, la única salida era la convocatoria de elecciones presidenciales. Hindenburg, con 85 años a cuestas, volvió a presentar su candidatura y Hitler decidió competir para lo que hubo, previamente, de hacerse alemán; había perdido la nacionalidad austriaca en 1925.

Hacia el poder

La campaña tuvo una virulencia inusitada. Hitler arremetió contra ese presidente "inepto", "senil", "juguete en manos de sus consejeros". Las descalificaciones fueron complementadas por un eslogan que atrajo a muchos cristianos: *Kinder, Kirche, Küche* ("niños, iglesia, cocina"); por las habituales diatribas contra judíos, comunistas y socialdemócratas; y por el mensaje positivo: "libertad, grandeza, orgullo nacional".

El 13 de marzo de 1932, los votantes otorgaron a Hindenburg 18.651.497 votos (49,6 %) y a Hitler, 11.339.446 (30,1 %). La victoria del mariscal no alcanzó la mayoría absoluta, lo que obligó a una segunda vuelta, el 10 de abril. En la nueva campaña, los nazis hicieron todo tipo de promesas quiméricas, llegando a prometer marido a las solteras alemanas si ganaban las elecciones. Esta vez, el presidente venció con un 53% de los sufragios; pero Hitler consiguió el 36,8 % (13.418.547 votos), un resultado impensable dos meses antes. Los nazis se convertían en alternativa de poder.

El triunfo de Hindenburg en las elecciones de abril no supuso una tregua

Hitler comienza a cosechar la gloria de la Cancillería. En la foto, recibe el homenaje de los camisas pardas nazis, los hombres de las SA, que habían contribuido a su encumbramiento.

para Brüning, que ni disponía de apoyo parlamentario ni gozaba ya de la confianza del presidente. A finales de mayo, el canciller solicitó la firma de dos decretos y Hindenburg, rompiendo su hábito de los dos últimos años, le respondió que los sacara adelante en el Reichstag. Brüning presentó su dimisión el 29 de mayo. Su relevo ya estaba preparado. Al día siguiente, el mariscal llamaba a Franz von Papen, ex oficial prusiano, rico, miembro del partido centrista, ducho en cuestiones regionales y proclive a componendas. Von Papen advirtió a Hindenburg que no contaba con el apoyo de su partido, incluso se temía su oposición. El presidente le respondió que deseaba tener un gabinete sin color político, independiente de los partidos; luego, le puso firme: "¡Ante la llamada de la Patria, un oficial prusiano sólo tiene una salida: obedecer!".

Von Papen tendría un poder efímero. Conocido como el *Gobierno de los monóculos* –porque estaba compuesto por ex-militares y aristócratas– era lo menos apropiado para sacar del atolladero a un país que tenía seis millones de parados. Tuvo que convocar elecciones legislativas, a cambio de que Hitler no le torpedeara el gabinete. La campaña fue la más dura que había conocido Alemania. Los choques entre nazis y comunistas arrojaron centenares de muertos en julio, ocasionando cambios en la policía que siempre eliminaban a gentes contrarias a los nazis y ascendían a sus simpatizantes. El NSDAP iba calando.

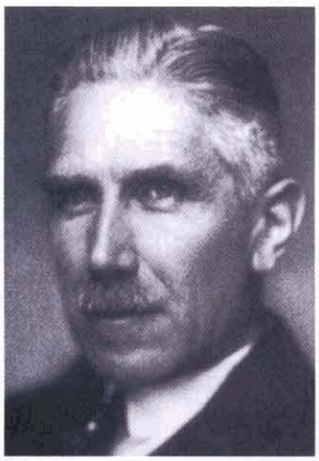
La campaña organizada por Goebbels saturó todos los centros de población. Hitler desplegó una actividad frenética: en dos semanas habló más de 120 horas en 50 mítines, a dos millones de personas esparcidas por toda Alemania. Los votantes del 31 de julio de 1932, otorgaron al NSDAP 13.745.800 sufragios, el 37,4 por ciento de los emitidos, que valían 230 escaños. Los nazis se habían convertido en la primera formación política de Alemania.

ENTRE 1931-32, EL PARTIDO NAZI SE CONVIRTIÓ EN LA PRIMERA FORMACIÓN POLÍTICA ALEMANA, CON UN 37,4 POR CIENTO DE LOS VOTOS

Hindenburg no se rinde

Pero su victoria fue insuficiente. Hindenburg mantuvo a Von Papen en la Cancillería y ofreció a Hitler el puesto de vicecanciller. Hitler replicó que, co-

General **Kurt von Schleicher**, el canciller derribado por la conspiración de enero de 1933.



Franz von Papen, por odio al canciller se alió con Hitler, creyendo que podría dominarle.

Alfred Hugenberg, jefe del Partido Nacional del Pueblo Alemán, aliado imprescindible.

Wilhelm Frick, un nazi histórico, ministro del Interior en el primer gabinete de Hitler.

mo jefe del partido mayoritario, le correspondía formar gabinete. Hindenburg –"ante Dios, ante mi conciencia y ante mi Patria"– se negó a conceder el poder a un solo partido, sobre todo cuando éste prometía la destrucción del parlamentarismo. Hitler se mantuvo firme en su postura, ante lo que Hindenburg le rogó que adoptara una oposición leal hacia el Gobierno. La tensa entrevista duró unos veinte minutos y ya en la antecámara, al despedirse del canciller Von Papen, Hitler le dijo lo que no se había atrevido a responder al presidente: "Tendrá usted la oposición más dura y más despiadada que pueda imaginar".

Cumplió su amenaza. Al tiempo que tenía que calmar las disensiones internas de quienes no entendían su tozuda oposición a vertebrarse en el poder, planteaba al Gobierno todo tipo de problemas desde la fuerza de sus 230 escaños y la presidencia del Reichstag, desempeñada por Goering. Así, en la primera ocasión, el 12 de septiembre, votaron a favor de una moción de censura que puso al gabinete en la calle, al tiempo que éste disolvía el Parlamento. Los alemanes, por cuarta vez en 1932, tenían que regresar a las urnas.

Ya antes de las elecciones legislativas del 6 de noviembre, los nazis sabían que su retroceso era seguro. Sus arcas estaban vacías y, por tanto, su campaña sería más modesta que las anteriores; muchos votantes coyunturales les abandonaron, al contemplar su persistente marginación del poder; la situación económica estaba mejorando en Alemania y Von Papen había elevado un tanto el orgullo nacional prometiendo el rearme. Por eso, en su cierre de campaña, Adolf arengaba a sus seguidores en el *Sportpalast* de Berlín: "Mi voluntad es inflexible, mi espíritu es más poderoso que el de mis enemigos... Podremos perder votos, muchos votos incluso, pero ganaremos las elecciones, porque serán un gran éxito psicológico".

A finales de 1932, los nazis perdieron apoyo, pero fueron la fuerza más votada y la más numerosa en el Reichtag

Todos los partidos fueron afectados por el descenso del voto (1.390.000) del 6 de noviembre de 1932, pero el NSDAP lo sintió especialmente: su apoyo se redujo a 11.705.265 sufragios, 33,1 %, un 4,2 % menos que en las elecciones anteriores. Con todo, volvía a ser el partido más votado y el más numeroso en el Reichstag, con 196 escaños. Goebbels respiró aliviado: "Hemos sufrido un fracaso, pero los resultados son mejores de lo que habíamos calculado". Y, como predijera Hitler, suyo fue el éxito psicológico, pues el Gobierno sólo consiguió 14 actas. El Reichstag del otoño era igual de ingobernable que el del verano.

Hindenburg convocó nuevamente a Hitler; esta vez a solas y con mayor cordialidad. El presidente apeló al patriotismo de Hitler y éste le respondió que, en nombre de la unidad de dirección, no podía renunciar a la Cancillería. ¡Él era el único baluarte contra los casi 18 millones de votantes marxistas que había en Alemania! Con todo, quedó en pensárselo y dos días más tarde regresó para rechazar un Gobierno de coalición. Hindenburg eludió su respuesta hasta el día siguiente y volvió a decir *nein*.

A esas alturas, Hitler era un político curtido. Sabía que no lograría la mayoría absoluta jamás; que nunca obtendría la cancillería mediante compromisos en el Reichstag; que Hindenburg no le otorgaría su confianza y que le sería imposible dominar al partido, si continuaba en la oposición. Por eso, retomó la idea del *putsch*, sólo que esta vez debería ser político.

Un compañero útil

Tras el fracaso electoral de Von Papen, Hindenburg le sustituyó por el general Schleicher, un intrigante cuyo mayor mérito político parecía su amistad con Oskar, hijo y principal asesor del mariscal. Llevaba influyendo en la política presidencial cuatro años: había contribuido al encumbramiento y a la caída de Brüning y fue determinente en la designación y en la defenestración de Von Papen. Ya en la Cancillería, Kurt von Schleicher trató de atraerse a Hitler pero, como éste reclamara el poder, intentó dividir a los nazis, ofreciendo la vicecancillería a Gregor

Strasser, jefe del aparato administrativo del NSDAP.

Su maniobra tuvo un efecto contradictorio. Hitler, creyendo que Strasser había entrado en el juego, forzó su dimisión. Desde entonces viviría con la idea de destrozar a Schleicher. El destino le iba a brindar el medio para hacerlo: Franz von Papen, que odiaba al canciller, pues sabía que tras su caída estaba la mano de Schleicher.

Notables del mundo del dinero y de la industria reunieron a Hitler y a Von Papen, buscando una salida en el laberinto. Hindenburg, cada vez más débil, más ciego y más impresionable, se adhería a la opinión del último que pasaba por su despacho, pero su cabeza aún funcionaba y tenía buena memoria, de modo que tardó menos de un mes en advertir que la designación de Schleicher había sido un error; percibía que había retornado a la misma situación que con Brüning y con Von Papen. Si a ellos les había retirado su confianza, ¿por qué ofrecérsela a Schleicher, que sólo le estaba demostrando su capacidad para la intriga? Le hubiera gustado expulsarle de la Cancillería, conteniéndole solamente su condición de general. Pero la situación del canciller era tan débil que bastó un simple rumor para derribarle.

El "golpe" de Schleicher

Durante la tarde del domingo 29 de enero de 1933, Goebbels difundió por Berlín el rumor de que Schleicher, temiendo ser destituido, estaba a punto de convocar una huelga general, sublevar a la guarnición y arrestar al presidente para proclamarse dictador. Sólo los interesados en creerlo adoptaron sus medidas; el primero, Hindenburg, que desde hacía una semana rechazaba los intentos de Schleicher de disolver el Parlamento sin convocar elecciones y crear un Gobierno autoritario. Luego, los nazis, que se hallaban en la antesala del poder y creyeron que Schleicher, para conservar el Ministerio de Defensa en un futuro gabinete, estaba dispuesto a promover una sedición militar. A Von Papen le venía como anillo al dedo para eliminar los últimos recelos de Hindenburg, y regresar al poder vengándose, de paso, de Schleicher.

Goebbels amplificó con todos sus medios el rumor y lanzó a sus gentes por Berlín, para que creasen un clima artificial de ansiedad. Hitler convenció a la policía de que el presidente estaba en peligro y consiguió que se trasladase un fuerte retén hasta el palacio presidencial, confirmando a Hindenburg en la idea de que se hallaba en peligro. A ampliar su intranquilidad contribuyó la visita de Von Papen, que desde el día 23 de enero ablandaba la resistencia del presidente para que adoptase la solución que había pactado con Hitler. Para terminar con el *peligroso* Schleicher, Von Papen proponía a Hindenburg que entregara a los nazis la Cancillería y tres carteras ministeriales; él se encargaría de controlarles desde la Vicecancillería con la ayuda de los restantes ministros, designados de acuerdo con el presidente; el Ministerio de la *Reichswehr*, máxima preocupación presidencial, le sería ofrecido al mariscal Von Blomberg. Hindenburg aceptó en principio y citó a Hitler y a Von Papen para el día siguiente, 30 de enero, a las 11 de la mañana. Hitler pasó una noche angustiosa cargada de pesadillas, recordando aquella otra de la cervecería Bürgerbräukeller de Munich, en noviembre de 1923, cuando creía tener el poder en sus manos mientras todo se estaba derrumbando...

Entre tanto, los representantes de los partidos manifestaban al presidente su rotunda oposición a la formación de un Gobierno dictatorial por parte del general Schleicher y, con reticencias, aceptaban a Hitler como canciller. Llevaban años soportándole en la oposición y ya era hora de que el jefe nazi, tan seguro de sí mismo, se enfrentase a las dificultades del Gobierno. Todos esperaban que fracasara y que la fuerza del NSDAP se diluyera en la lucha por sacar a Alemania del atolladero.

Uno de los muchos cartes editados por el NSDAP ante las convocatorias electorales de 1932: **El último golpe**.

El trabajador en el Reich de las cruces gamadas. Cartel antinazi, publicado por el Partido Socialdemócrata en 1932.

El *show* de Hitler

Hitler se despertó antes de las 7 y trató de enterarse de las últimas novedades. Von Papen le tranquilizó por teléfono: Schleicher había intentado una treta de última hora, para neutralizar a Von Blomberg, pero fracasó. Se verían a las 10,30 camino de la Presidencia, para cambiar las últimas impresiones antes de jurar sus cargos ante Hindenburg. A la hora convenida, Hitler, vestido con levita negra de buen corte y elegante sombrero de copa, llegó a casa de Von Papen acompañado por Frick, que debería hacerse cargo del Ministerio del Interior, y de Goering, ministro sin cartera, mientras no se creara un Ministerio del Aire. La emoción era inmensa entre los jerifaltes nazis: "Es como un sueño... La esperanza y el miedo luchan en nuestros corazones; hemos sido burlados tan a menudo que nos es imposible creer en el milagro que estamos presenciando", escribió Goebbels. Hitler no caminaba tranquilo: ¿Qué se le iba a dar? Por encima, tendría a Hin-

HITLER CONSIGUIO ASUMIR LA CANCILLERIA DE ALEMANIA
INTEGRANTES DEL GABINETE
HUBO INSTANTES DE INDECISION PARA EL LEADER
ESPERAN PARA TOMAR UNA RESOLUCION LOS
Respetará las leyes y no modificará la política exterior de la república

Arriba, **la noticia de la formación del gabinete de Hitler ha dado la vuelta al mundo:** así lo publicaba *La Razón*, de Buenos Aires, el propio día 30 de enero. Derecha: **Adolf Hitler sale de la Cancillería**, el 30 de enero de 1933. Le sigue el ministro del Interior, Wilhelm Frick. Él y Goering –compañeros de Hitler de primera hora– ostentaban los dos únicas carteras nazis en aquel Gobierno.

denburg; frente a él, un Parlamento en el que se hallaba en minoría; en su gabinete, ministros indiferentes u hostiles a sus ideas, que controlarían todos los poderes; a su lado, dos amigos, el ministro del Interior, casi sin facultades dadas las atribuciones de cada *land* en materia de seguridad y orden público, y el de la futura *Luftwaffe*, cuyos aviones tardarían años en llegar.

Estas cavilaciones le fueron cargando de furor, de modo que estalló en la secretaría del presidente, exigiendo que se le diera también la Comisaría del Reich en Prusia. En vano intentaba calmarle Von Papen, aterrado ante aquel ataque de cólera. Evidentemente, Hitler estaba fingiendo al amenazar con marcharse y derribar su propia conspiración. Las agujas del reloj rebasaban ya la hora de la cita. Hindenburg y todos los participantes en la ceremonia de la jura aguardaban impacientes. El secretario de Hindenburg se reunió con Hitler, Von Papen y los futuros ministros nazis y arregló la disputa con pocas palabras: "el mariscal odia la impuntualidad y amenaza con irse unos días de vacaciones a Prusia, dejándoles a ustedes con su discusión".

Hitler se calmó y entró en el salón donde le esperaba Hindenburg que, pese a su avanzada edad, aún conservaba su formidable prestancia, realzada por el uniforme de gala de mariscal, cubierto por una impresionante cosecha de condecoraciones. Hitler le hizo una reverencia entrechocando los tacones de sus zapatos, en un recuerdo automático de los cinco años pasados en el Ejército; luego estrechó, emocionado y nervioso, su mano. El gesto militar de Hitler y su calidez complacieron al viejo soldado, que ya nunca más volvería hablar del "cabo bohemio" o del cabo austriaco, como hasta entonces; pese a todo, no le hacía muy feliz su designación como canciller, pero al punto donde se había llegado no tenía alternativa. Hitler juró el cargo: "Emplearé mi energía para conseguir el bienestar del pueblo alemán, para proteger la Constitución y las leyes del pueblo alemán, desempeñar con rectitud los deberes de mi cargo y cumplir mi misión con imparcialidad y justicia para todos".

La profecía de Ludendorff

Después amplió sus promesas con un pequeño discurso con el que reiteraba su respeto por el presidente y por el conjunto del nuevo Gobierno, sus deseos de convertir Alemania en una comunidad fraternal, y de resituarla, por medios pacíficos, entre las grandes potencias. El gran mentiroso hablaba con enorme convicción, haciendo gala de sus grandes cualidades de actor, conmoviendo a los presentes, haciéndoles olvidar sus amenazas de dinamitar la Constitución y el sistema parlamentario, sus burlas hacia el presidente, su vesania antisemita y anticomunista y su irredentismo revanchista contra los vencedores en la Primera Guerra Mundial.

Terminada la ceremonia, Hindenburg deseó suerte al nuevo gabinete y, conmovido, les despidió: "¡Caballeros, que Dios les ayude!" Hitler salió de la Presidencia emocionado y con los ojos húmedos. Fuera le esperaba la explosión de júbilo de miles de nazis. Luego, se trasladó en automóvil a su cuartel general en el Kaiserhof, donde aguardaban Goebbels, Röhm, Hess y Sepp Dietrich, dispuestos a celebrar la victoria. Por la tarde, mientras se organizaban un formidable desfile nocturno de antorchas, se trasladó a la Cancillería.

Al caer la noche, una marcial procesión de luminarias comenzó a desfilar ante los edificios de la Presidencia y de la Cancillería antes de disolverse en la Puerta de Brandeburgo. Desde su despacho, Hindenburg contemplaba emocionado el desfile y de vez en cuando tarareaba alguna de las canciones; después de tragarse aquel sapo, se hallaba contento como nunca antes tras la designación de un canciller. Ni Müller, ni Brüning, ni Von Papen, ni Schleicher le habían ofrecido una compensación patriótica como aquella.

Sin embargo, su hijo Oskar no podía ocultar su inquietud. Sobre la mesa de trabajo presidencial, había visto un telegrama del mariscal Ludendorff, el viejo compañero de armas y victorias de su padre : "Le prevengo solemnemente que ese fanático llevará a nuestra Patria a la perdición y sumirá al país en la más espantosa de las miserias. Las futuras generaciones le maldecirán en su tumba por lo que ha hecho". ■

Una sociedad de MASAS

Adolf Hitler, como líder de una sociedad nazificada, en un cartel de K. Stauber, de 1933, titulado Viva Alemania.

Tras su acceso al poder, el liderazgo nazi transformó radicalmente la sociedad alemana, acabando con el pluralismo y organizando la vida en todos sus detalles. **José Sánchez Jiménez** describe este vertiginoso cambio

En la noche en que se constituyó el nuevo Gobierno presidido por Hitler, según confesión del vicecanciller Franz von Papen en sus *Memorias*, el paso de la multitud frente a la Cancillería tenía dos ritmos: los gritos de saludo respetuoso bajo la ventana en que se encontraba el anciano presidente del Reich, frente a los "aplausos frenéticos" que ambientaban el clamor triunfal -*¡Heil, Heil Sieg Heil!*- que envolvía a cuantos lograban aproximarse al balcón de la nueva Cancillería, en que se encontraba de pie Hitler. "El contraste –añadía Von Papen– era muy acentuado y parecía ensalzar la transición de un régimen moribundo a las nuevas fuerzas revolucionarias".

El programa, proclamado por el canciller en su primera declaración política ante el pueblo, refrendaba su primordial tarea de regeneración moral de la nación: el marxismo sería erradicado co-

José Sánchez Jiménez es profesor titular de Historia Contemporánea, Universidad Complutense, Madrid

Las elecciones de 1934 se llevaron a cabo con la única candidatura de Hitler, que aquí aparece dirigiéndose al Reichstag en ese mismo año.

mo flagrante culpable de la postración de la República; el nuevo Gobierno pretendía la reconstrucción de la sociedad sobre la base moral cristiana y sobre la base social de la familia; la organización de la economía debería centrarse en dos planes cuatrienales suficientes para rescatar a los campesinos de la miseria y eliminar el paro; la reforma de la administración y de las relaciones entre el Reich y los *länder*, así como la práctica de una nueva política demográfica, social y financiera vendría a asegurar la "igualación" de todos los alemanes; y, por último, una política exterior renovada mostraría la mejor y más permanente firmeza en la "tutela de los derechos vitales" y en la "reconquista de la libertad" para el pueblo alemán.

Con Goering como figura clave para el control de los resortes del poder, se van sucesivamente imponiendo la reforma de la policía, la creación de una policía secreta del Estado (Gestapo), la instauración de campos de concentración para la rehabilitación de los descarriados por el marxismo, la ofensiva contra partidos políticos, prensa y organizaciones contrarias, y el proceso de eliminación de los enemigos del nazismo, que se acabaría de organizar y concretar en las tres célebres noches históricas: la del incendio del Reichstag y la declaración de ilegalidad de socialistas y comunistas (27 de febrero); la de los "cuchillos largos" y la eliminación de las SA, opuestas a las SS (20 de junio de 1934); y la "noche de los cristales" (9 de noviembre de 1938), con la destrucción de doscientas setenta sinagogas, el arresto y deportación de veinte mil judíos y la muerte de unos dos mil más.

Excepción permanente

El incendio del Reichstag, en plena campaña electoral, fue determinante tanto a la hora de imponer un estado de excepción que nunca llegó a derogarse

La ideología de las SS veía el exterminio de los judíos como "misión histórica universal". **Cartel antisemita** sobre el *complot judío*.

como razón básica en el apoyo del gran capital a la causa nacionalsocialista.

El conflicto entre las SA –la organización militar nazi que aspiraba a ser el ejército del futuro– y las Fuerzas Armadas, que lideraba Blomberg, fue en constante progreso a partir, sobre todo, de la Ley de Unidad entre el Partido y el Estado. Acabó, tras los rumores de un golpe de Estado pergeñado por Röhm, con el sangriento episodio del 30 de junio, profusamente propagado como la "noche de los cuchillos largos", que supuso, en medio de ejecuciones y asesinatos, la anulación de fuerzas radicales enemigas del pacto con la gran burguesía, y el auge e imposición definitiva de las SS, "avanzadilla ideológica y sostén de la política racial nazi", según comentario de Hildebrand, que, al mando de Himmler y bajo el control pleno de Goering, consiguieron la creación del verdadero Estado policíaco, responsable directo e inmediato de la represión de los judíos.

La ideología de las SS veía el exterminio de los judíos como "misión histórica de alcance universal"; y la trayectoria exhaustivamente dispuesta para su persecución y aniquilación, en aumento a lo largo del todo el año 1938, llegaba a su clímax en la noche del 9 al 10 de noviembre de 1938, en que se desencadenaron los pogromos sistemáticos contra los judíos, que alentaban su exclusión

de la sociedad civil. La "noche de los cristales" identificaba la brutal destrucción de sinagogas, almacenes y casas de propiedad judía.

La ley de 28 de febrero de 1933 para la defensa del pueblo y del Estado abroga los artículos de la Constitución referentes a libertad personal, de expresión, de asociación y de prensa. Casi un mes más tarde, el día 23 de marzo, el Reichstag concedía al canciller plenos poderes tanto para legislar ordinariamente como para proyectar y liderar la nueva política exterior. En el mes de mayo quedaba fácticamente anulada toda actividad sindical; y en julio, se establecía el partido único, el Nacionalsocialista, que, tras la ilegalización y disolución del Zentrum y de los socialistas, y la absorción de los nacionalistas, actúa unido prácticamente al Estado y con el monopolio concorde del poder. En este mes de julio, además, se firma el Concordato con la Santa Sede que suponía en la práctica el "aval" vaticano al nuevo régimen.

También en el mes de julio se creaba el Consejo General de Economía, compuesto por grandes banqueros y primeros industriales que, a lo largo de 1933 y 1934, y una vez sustituidos los sindicatos por el Comité de Acción para la Defensa del Trabajo Alemán, configura el desarrollo institucional del nuevo ordenamiento económico y social.

Dictadura caudillista

Las elecciones de 1934 se realizan con candidatura única, la de Hitler, que lógicamente triunfa; y el Parlamento aprueba la facultad del *Führer* para cambiar la Constitución, el definitivo paso hacia la destrucción del Estado liberal y para la instauración de una dictadura caudillista. Tras la muerte de Hindenburg en agosto, el canciller se autoproclama presidente único; y un plebiscito, con el 88 de por ciento del electorado a su favor, refrenda su nombramiento como *Führer* y guía de todos los poderes del Estado; un Estado totalitario puro, absolutamente centralizado, que asegurará en adelante la liquidación del espíritu clasista obrero, y encuadrará a todos los trabajadores alemanes en el Frente del Trabajo Alemán, en comunidad de intereses con los patronos y dentro de la organización corporativa del Estado.

La búsqueda de la autosuficiencia económica, y la creación de una gran industria nacional de materias primas y armamentos se convierten así en el mejor cauce, objetivo y sistema para la reabsorción de desocupados, la reparación bélica del Reich y la ampliación de su espacio vital. Una política de autoritarismo y violencia serviría, en fin, para imponer el orden y purificar la raza; en tanto que el antisemitismo se acabaría orquestando como una especie de obsesión colectiva, que encuentra en el judío su "chivo expiatorio", al tiempo que soñaba con crear una "superraza humana" a través de la reproducción selectiva y la eliminación de los menos aptos.

Himmler, derecha, encargado de organizar la Gestapo para hacer desaparecer a los enemigos del régimen, y **Röhm**, junto a él, que fue eliminado en la "noche de los cuchillos largos".

El decreto de Protección de la Nación y del Estado, de 28 de febrero de 1933, puede ser interpretado como el del surgimiento de un Estado totalitario, que cuenta con capacidad y poder, según recoge su artículo primero, para "coartar la libertad personal, el derecho de libre expresión del pensamiento, incluida la libertad de prensa, de reunión y de asociación; intervenir las comunicaciones postales, telegráficas y telefónicas, disponer registros domiciliarios y confiscaciones, así como limitaciones a la propiedad". Pero fue la Ley de Plenos Poderes, de 23 de marzo de 1934, la que rubricó de forma definitiva la reafirmación de la dictadura de Hitler tras la disolución del Parlamento y la destrucción del parlamentarismo, y llegó incluso más allá de cuanto el apoyo electoral debía suponer; sobre todo cuando a las facilidades de tomar decisiones directas y para modificar la Constitución, ya aludidas, se sumó la resolución de unir en su persona, tras la muerte de Hindenburg, la jefatura del Gobierno y la presidencia del Estado, así como la comandancia suprema del Ejército y la modificación del juramento militar para imponer la "obediencia incondicional al *Führer*". Se acabaron, en fin, arruinando todas las conquistas democráticas cuando fue legal la autorización de la pena de muerte para delitos que no contaban con esta sanción en el Código Penal.

TRAS LA MUERTE DE HINDENBURG, HITLER SE PROCLAMÓ TAMBIÉN PRESIDENTE Y QUEDÓ COMO GUÍA DE TODO EL PODER DEL ESTADO

En esta imparable marcha, resultan ló-

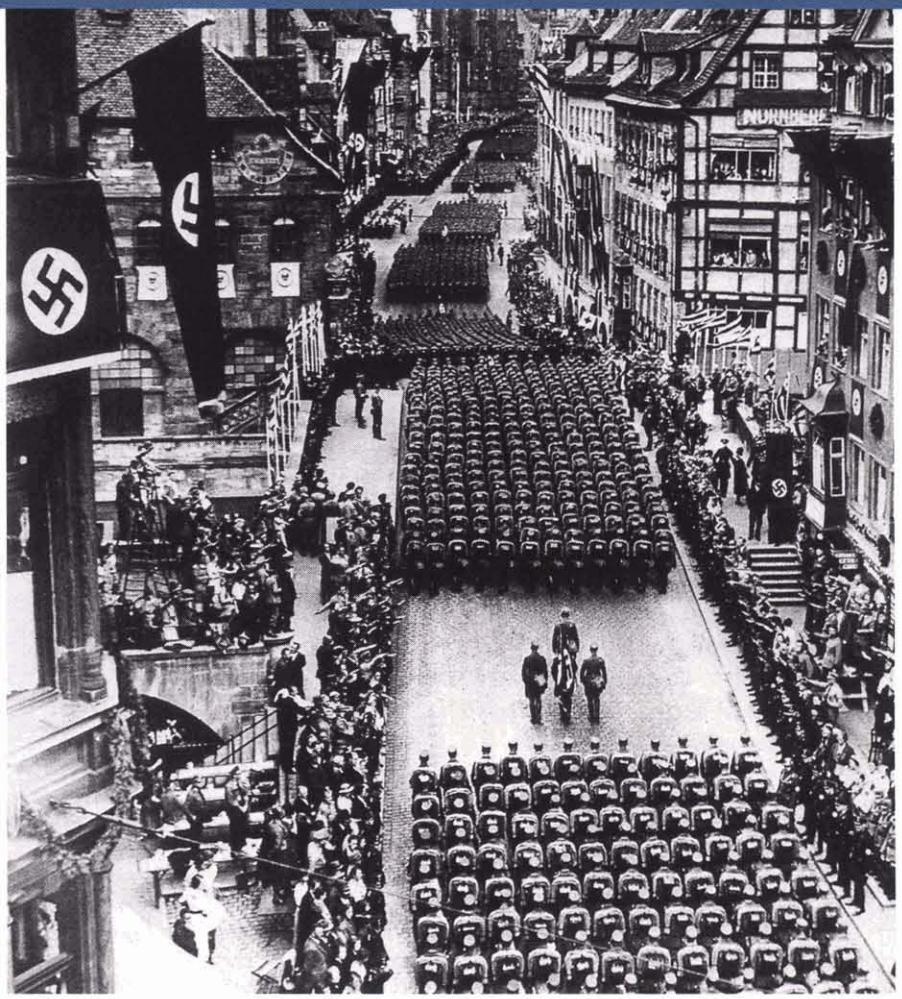
gicas la implantación monolítica del Partido nazi y el liderazgo total del *Führer*, a la hora de conformar y aseverar su propio cuadro jurídico y político; pero no conviene olvidar, y menos aún minusvalorar, que el éxito y la praxis del nazismo también dependieron del apoyo popular a su fulgurante trayectoria. La seguridad económica y social frente al descontento y la crisis permanente, la llamada al pundonor y a la reputación perdidos, y las expectativas laborales que el Estado hacía progresivamente reales vinieron a llenar un vacío y una necesidad por largo tiempo esperados.

La utilidad de la Gestapo

No obstante, el compromiso, cumplido, de dar, de momento, preferencia a la economía sobre la política, de reducir el clima de descontento y lavar el "honor" patrio pisoteado, de perseguir y acabar con las diferentes inquietudes revolucionarias, de imponer un orden eficiente y crear una seguridad laboral permanente gracias a la política armamentística y a utilización de los millones de créditos procedentes de la creación de dinero del Tercer Reich, hubiera resultado inviable sin la capacidad dialéctica de Goebbels al frente de la propaganda, el peso personal de Goering en la dirección de las fuerzas armadas o la competencia decisoria de Himmler dirigiendo el aparato represor del Estado, y más concretamente la Gestapo; la más expedita para hacer desaparecer a cuantos pudieran suponer una amenaza para este poder omnipotente. Todos fueron eficaces a la hora de convertir el culto al *Führer* en la norma social dominante, gracias a la obligatoriedad del *¡Heil Hitler!* en todo tipo de actos o de relación.

El pacto entre los círculos económicos, el Ejército y el Partido nacionalsocialista facilitaba el desarrollo de una situación de poder que daba al *Führer* la prerrogativa, primero, de generar el equilibrio entre las relaciones de fuerzas que acabarían concentradas en el Estado de Partido Único y, más delante, de decidir imperativamente, una vez imbricados Estado, Partido y Ejército. En versión de Hitler, el Partido subsumía en sí al Estado; y el *Führer*, y el Partido como prolongación suya, encarnaba a la nación, personificaba al Estado y era depositario del destino comunitario.

La disolución de los partidos fue, sin duda, el golpe más duro a que debió enfrentarse el Reich, comentó Von Papen en julio de 1933: "Los partidos han sido disueltos, las instituciones de una democracia parlamentaria, abolidas de un plumazo y el canciller goza de poderes que no se llegaron a conceder a los emperadores alemanes".



Fastos nazis de Nuremberg en 1936. Toda la sociedad alemana había quedado ya encuadrada en organizaciones basadas en el modelo del partido único, inseparable del Estado.

Bajo el supuesto de una revolución legal y nacional, creadora de una comunidad alemana de raza aria, se pretende imponer un nuevo orden en Europa que, aparte de acabar con los nefastos Tratados de Paz de 1919-20, tenga como guía la expansión germana.

Por leyes de 31 de marzo y 7 de abril de 1934, los *länder* quedaron sometidos a un proceso de "igualación", imprescindible como fase previa a la total unificación del Reich; los sindicatos vieron sus sedes ocupadas y sus dirigentes encarcelados, tras la celebración del 1 de mayo de 1933, concretamente a partir del 2 de mayo, y pasaron a formar parte del Frente Alemán del Trabajo (DAF), en el que se vieron encuadrados obligatoriamente empresarios y obreros.

A los fideicomisarios laborales del Estado, un nuevo cuerpo de funcionarios, correspondería la fijación de los salarios; y tanto el Estado como el Partido comenzaron a influir en las industrias y fábricas, por encima e incluso frente a sus dueños, sobre todo a la hora de introducir innovaciones de naturaleza social, tiempo libre y vacaciones, etc.

Los "efectos igualitarios" de estas innovaciones se vieron además refrendados con el "Servicio Laboral", obligatorio para todos los jóvenes, introducido en julio de 1935, que les imponía, entre los dieciocho y los veinticinco años, "servir a su pueblo" en trabajos de utilidad general, al tiempo que iban siendo educados con arreglo al espíritu del nacionalsocialismo. El "programa de obras" para el fomento de la edificación de viviendas y comercios y la construcción de autopistas, junto a la política de rearme, rubricaban su ejemplar competencia en la reducción del desempleo.

Aun cuando no se interviniera el sector de la gran industria, la tendencia a la concentración de grandes empresas, industriales, comerciales y financieras, fue un hecho, y la Asociación de la Industria Alemana pasó a llamarse Cor-

poración de la Industria Alemana. Muy pronto, la Ley para la preparación del desarrollo orgánico de la economía, de febrero de 1934, agilizó la complementariedad entre los sectores económicos y militares, una vez decidido el fomento de la industria armamentística y la apuesta plena por el rearme.

Si las estructuras económicas se vieron sometidas a un fuerte intervencionismo político-administrativo, a la concentración de capitales, y a la creación de altos organismos y consejos de planificación, cada vez más ligados a una economía de guerra, no quedó por ello en el olvido la creación de una sana clase media, resignada y pasiva, alentada por la "comunalización" de los grandes almacenes, los alquileres baratos para pequeños empresarios, y la reforma del suelo.

Tensión en la fábrica

Sin embargo, el comportamiento de los trabajadores resulta más complejo; sobre todo en la segunda fase, la de 1936 a 1939, cuando el pleno empleo y la escasez de mano de obra especializada obligaron a una administración más ahorrativa y a una disciplina más estricta, que forzaron a una tensión permanente, a huelgas de brazos caídos, negligencia o incluso un creciente absentismo; aun cuando nunca se tradujeran en protestas de consideración.

En un régimen totalitario no cabían posibilidades de actuación fuera del sometimiento. Se fueron así componiendo, dirigidos desde el Estado, grupos y organizaciones en forma de red y perfectamente articuladas, que anulaban y suplían las organizaciones antes existentes. Las Fuerzas de Choque (SA), las Escuadrillas de Proteción (SS), las Juventudes Hitlerianas (HJ), las asociaciones de estudiantes, médicos, maestros, funcionarios, etc. sirvieron para que toda la población se reorganizara según los moldes del Partido.

Toda asociación había de quedar sometida a la ideología nacionalsocialista, conformada según su modelo y dirigida por sus propias élites. Se aspiraba a la formación de una sociedad de masas, conforme a su concepción del mundo, su *Weltanschaung*, milimétricamente controlada y dispuesta en un entorno institucionalizado y dependiente de una nueva élite fuertemente ideologizada.

El Estado organizaba incluso el tiempo libre de los trabajadores. Cartel de propaganda de **viajes subvencionados para obreros.**

Grabado expresionista que denuncia, desde el exilio, los métodos brutales que se aplicaban a quienes se enfrentaban al Estado nazi.

Si los sindicatos se incorporaron obligatoriamente al Frente Alemán del Trabajo, las cámaras agrarias fueron igualmente incluidas en la Corporación de Alimentación, en espera de conseguir, gracias a la autarquía, el rápido aumento de la producción agrícola con la colaboración de los latifundios, y el fomento de la propiedad y cultivos medios y pequeños en favor de la existencia del "campesinado", "fuente de vida de la raza nórdica", al que se quiso salvaguardar y favorecer a través de la "ley de heredades" (29 de septiembre de 1933), que declaraba exentas de todo tipo de gravámenes, y hábiles para ser cedidas en herencia, las fincas pequeñas y medias a todos los que pudieran demostrar pureza de sangre.

Auxilio de toda clase

El Estado nacionalsocialista debió atender igualmente las tradicionales formas de asistencia a los pobres; pero se interesó de inmediato, desde mayo de 1933, por la creación de la Asistencia Social Nacionalsocialista (NSV), incorporada al partido a fines de 1934. Fraguó formas y vías para la recuperación laboral de indigentes, colaboró a la mejora de las condiciones laborales, prohibió el trabajo nocturno de menores y madres, creó el Auxilio Madre e hijo para atención de madres gestantes y lactantes, organizó el Socorro de Invierno e impulsó el Servicio de Trabajo, cuyo carácter social y educador resultó muy rentable en la construcción de obras hidráulicas, saneamiento de terrenos, repoblación forestal, etc.

La Sección Femenina del Nacionalsocialismo venía a coronar esta obra de exaltación del Estado, que encontró en la mujer de esta nueva sociedad el más eficiente apoyo y el más natural sustento a la hora de asegurar el nacimiento, la educación y el desarrollo de los nuevos alemanes.

Hitler, respaldado en su partido, tras la llegada al poder en 1933, supo sacar fuerza no sólo del resentimiento generado por el Tratado de Versalles, sino también de la desesperación de las clases medias. Llegó al poder manipulando a los políticos conservadores que esperaban utilizarle para conseguir el apoyo de las masas; pero, una vez triunfante, desmanteló todo el andamiaje democrático y, en pocos años, consiguió que los alemanes recuperaran el respeto por sí mismos y el prestigio en asuntos internacionales. Casi todos los sectores de la sociedad alemana, comenta M. Howard, se sintieron momentáneamente satisfechos, excepto los judíos, contra quienes desencadenó la persecución más brutal de la Historia de Europa. ■

Economía de GUERRA

Los éxitos iniciales del nazismo en la creación de empleo y la mejora del nivel de vida fueron resultado de una política de economía de guerra y fuerte control sindical por parte del Estado, explica **Ángel Bahamonde**

El nazismo construyó en Alemania una economía para la guerra, prácticamente desde su llegada al poder en 1933, pero sobre todo a partir de 1935. Resulta su seña de identidad más destacable. La noción de economía de guerra debe aquí entenderse en términos cuantitativos y cualitativos. Hace referencia a la producción de artefactos para la guerra y a la utilización de este modelo económico como elemento esencial de la política agresiva y expansionista que los nazis desarrollaron durante el decenio de los años treinta. Interesa resaltar esta consideración, porque uno de los efectos secundarios de esta política, el pleno empleo, levantó admiración en aquella época entre los sectores más conservadores de toda Europa, infravalorando su naturaleza belicista. Actualmente, las tesis revisionistas sobre el nazismo plantean el tema reproduciendo tan benevolente esquema de comprensión.

El *crack* bursátil de Nueva York de 1929 y la subsiguiente depresión tuvieron unas repercusiones especialmente negativas para la economía alemana. Apenas había comenzado a estabilizarse desde 1925 de los enormes desajustes provocados por la derrota en la Primera Guerra Mundial, cuando la depresión mundial dislocó la frágil recuperación. La reactivación económica alemana en los años veinte se había basado en las inyecciones de capitales norteamericanos y secundariamente británicos. En 1931, la masiva retirada de capitales extranjeros cuarteó el sistema financiero alemán y puso en marcha la cadena de quiebras bancarias. En febrero de aquel año, el descenso de la producción industrial en Alemania era, incluso, más acusado que en Estados Unidos. Tomando como base 1928 para ambos países, el índice de producción industrial se situó en 69 para Alemania y en 78 para Estados Unidos. A finales de 1930, ya había tres millones de parados en Alemania.

Hitler visita las **obras de la autopista Viena-Salzburgo**, en 1938. La construcción fue el mayor creador de empleo del Reich.

Freno al éxodo de capitales

La quiebra del Damstadter Bank, en julio de 1931, coincidió con la aplicación de las primeras medidas clásicas de corte deflacionista, dirigidas a readecuar los precios alemanes a los mundiales en plena caída. En ese mes se instauró el control de cambios, intentando frenar el éxodo de capitales y la hemorragia de oro que había producido el descenso considerable de las reservas del Reichsbank. Por fin, en diciembre del mismo año, el Gobierno decretó el descenso de los salarios al nivel de 1927, con su correlato en una disminución similar de los precios de un 10 a un 15 por ciento. De todas formas, esta caída de los precios alemanes apenas tuvo repercusiones en el mercado exterior, ante la devaluación de la libra esterlina en un 30 por ciento, que daba neta ventaja internacional a los productos británicos.

La política deflacionista acabó, pues,

Ángel Bahamonde Magro es catedrático de Historia Contemporánea, Facultad de CC. de la Información, Universidad Complutense, Madrid.

Desde 1935, el rearme se llevó el grueso en la captación de recursos. **Obrera alemana en una fábrica de armamento**, en una fotografía de la revista *Signal*, 1944.

en un rotundo fracaso, que hizo más agudo el estancamiento. Entre 1929 y 1932, la producción de bienes de equipo se redujo en un 56 por ciento y la de bienes del consumo en un 29, mientras que se disparaba el numero de parados: 3.000.000 en 1930, 4.744.000 en 1931 y 6.034.000 en 1932.

En definitiva, a la altura de 1933, cuando los nazis llegan al poder el sistema económico alemán aparece bloqueado, pero con una enorme potencialidad latente. En los primeros meses de su gestión, los nazis mantuvieron las prácticas deflacionistas por inercia, pero pronto colocaron los cimientos de un modelo económico de vocación autárquica fuertemente jerarquizado, que formara parte indisoluble del nuevo Estado totalitario y que permitiera crear una diplomacia de fuerza para revisar el Tratado de Versalles. En suma, se trataba de construir un sistema de nacionalismo económico, en un mercado mundial erizado de barreras arancelarias. Además, Alemania no poseía un imperio colonial.

El imperio de los trusts

El proyecto industrial-belicista nazi incorpora novedades, pero también se atiene a realidades estructurales heredadas. En primer lugar, el potencial tecnológico alemán, cimentado en un capital humano altamente cualificado, abría inmensas posibilidades. Por otro lado, la política nazi iba a favorecerse del elevado índice de concentración de la economía alemana. Desde decenios anteriores, los *Konzerts* y los acuerdos tipo cartel habían consolidado el poder de los grandes monopolios industriales y financieros. En 1932, el 34 por ciento del capital de las sociedades por acciones estaba en poder de los trusts y de las organizaciones cartel. El sistema económico nazi significó en gran medida el imperio de los trusts, es decir de los Thyssen, Farben, Siemens o Krupp.

En este sentido, conviene no poner en duda el carácter capitalista de la experiencia nazi. Las veleidades socializantes presentes en el programa original del partido habían sido abandonadas conforme el acceso al poder se aproximaba y aumentaba la ayuda financiera a los nazis por parte de las grandes empresas industriales. Así el concepto "socialismo" mudó sus contenidos semánticos. Los nazis lo identificaron con jerarquía, disciplina laboral y robustecimiento del papel dirigente del Estado, pero salvaguardando la existencia de las empresas privadas. El movimiento obrero alemán, con un nivel modélico de organización antes de 1933, fue desmantelado y reprimido. En mayo de 1933, se constituyó el Frente de los Trabajadores Alemanes (*Deutsche Arbeitsfront*), integrado en el partido nazi. También los grandes grupos económicos quedaron incluidos en la estructura del Estado, con la formación de los *Reichsgruppen*. El empresario fue definido como un

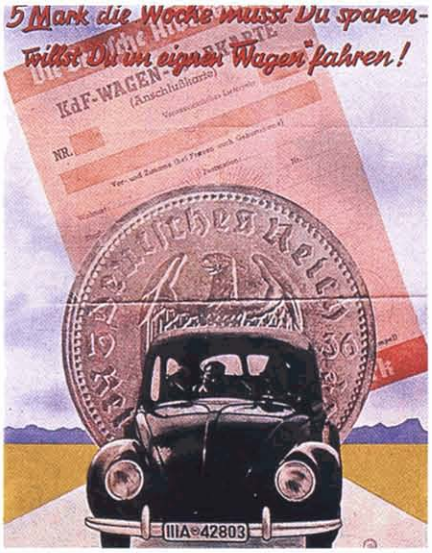
conductor de empresas (*Betriebsführer*). El modelo económico nazi se estructuró como un capitalismo privado en forma de monopolios. En el sentido más exacto del término, no surgió un sistema de planificación. Resultó más eficaz ejercer un papel regulador mediante la proliferación del gasto estatal.

Autopistas, canales, aeropuertos...

El Estado se convirtió en el principal creador de demanda agregada, en el eje de la reactivación económica, en los dos primeros años con los planes de obras públicas. Autopistas, canales, aeropuertos, ferrocarriles y edificios públicos indican la importancia del sector de la construcción como principal proveedor de empleo. Tres objetivos guiaron estos planes de obras públicas: la articulación más depurada del mercado interno, el capital simbólico del nazismo y la estrategia militar.

A partir de 1935, el rearme se llevó el grueso en la captación de recursos. Durante el ejercicio 1933-34, la Wehrmacht obtuvo el 24 por ciento del presupuesto general. En 1936-37, el porcentaje aumentó hasta el 37 por ciento, para alcanzar en el ejercicio 1938-39 el 58 por ciento. Estas cifras no admiten comparación con otros países europeos. Baste como ejemplo que desde 1935 los gastos en armamento superaron en un 50 por ciento a los de Francia.

El plan cuatrienal, que Hitler hizo público el 9 de septiembre de 1936, con ocasión del VIII congreso del partido nazi en Nuremberg, planteó como orientación y objetivos el reforzamiento de la autarquía y la intensificación del rearme. Hermann Goering se convirtió, en calidad de comisario, en el responsable máximo de la organización y ejecución del plan. Los discursos del comisario estaban repletos de optimismo y de seguridad: "Pronto se levantarán nuevas fábricas en las que haremos nuestra goma y nuestros vestidos de fibra celulosa y no necesitaremos importar lana que nos cuesta millones de divisas. Explotaremos nuestro hierro y nuestros metales... Tenemos a nuestra disposición una base inagotable de aluminio. El carbón, la madera y los minerales alemanes conformarán los pilares que sostendrán en el futuro a las fábricas de producción autóctona alemana de materias e industriales". Él mismo se situó a la cabecera de la *Reichwerke Hermann Goering* para la explotación de minerales de hierro y el desarrollo metalúrgico.



De 1933 a 1935, se crearon cuatro millones de empleos. El cartel promete **un Volkswagen con un ahorro de 5 marcos semanales**.

El financiero Hjalmar Schacht ideó el sistema de financiación de la autarquía y del rearme. Schacht ocupó la presidencia del Reichsbank en los primeros tiempos del nazismo; luego fue ministro de economía y comisario para la economía de guerra. El Estado pagaba a sus proveedores por medio de unas letras garantizadas que se llamaban MEFO, de obligada aceptación por parte de los bancos. Las letras estaban emitidas por la Metal Forschung A. G., creada por Siemens, Gutehoffhungshütte, Krupp y Rheinsthal. Hasta abril de 1938, se puso en circulación un total de 12.000 millones de marcos en este tipo de letras.

En suma, el Estado captaba sus recursos más por la vía de un extraordinario endeudamiento que a través de la recaudación de impuestos. En 1938, el Estado recaudó cerca de 12.000 millones de *reichsmarks* en impuestos, mientras que en la misma fecha la deuda emitida alcanzó los 18.000 millones. El bloqueo de los precios y salarios y la limitación del consumo domésticos frenaron las tensiones inflacionistas, a pesar del incremento de la circulación fiduciaria.

Hacia el pleno empleo

El paro disminuyó constantemente desde 1933. En comparación con otras naciones industrializadas, el ritmo de creación de empleo en Alemania fue más vivo. Los seis millones de parados de 1933 descendieron a poco más de dos millones de diciembre de 1935. En el mismo mes de 1937, las cifras de paro se situaron por debajo del millón. En 1939 se logró el pleno empleo. En cuanto a las magnitudes del crecimiento industrial, Alemania consiguió en 1936 los niveles anteriores a la crisis de 1929.

El proyecto autárquico nazi tiene su complemento en las relaciones con el

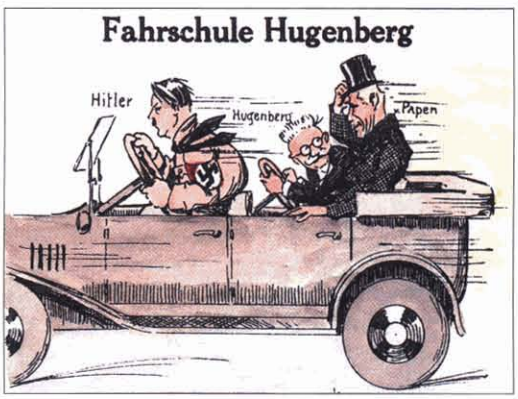
Los instrumentos

Hindenburg (1847-1934)
Cuando se le hizo creer que iba a ser víctima de un golpe de Estado, cayó en la trampa y nombró a Hitler.

Von Papen (1879-1969)
Pactó con Hitler engañar a Hindenburg a cambio de ser vicecanciller. En junio de 1934, fue destituido.

Hugenberg (1865-1951)
Director de Krupp, ayudó a Hitler, que le responsabilizó de Economía en 1933. Seis meses después, le cesó.

El **mariscal Hindenburg** hizo canciller a un hombre al que antes no quería "ni para ministro de Correos".



Autoescuela Hugenberg. Según la caricatura, era Hitler quien conducía a Hugenberg y a Von Papen.

Cartel publicitario del popular Volkswagen, el utilitario que simbolizó el símbolo de consumo de la clase media alemana.

mercado mundial. En este aspecto, el sistema alemán debía salvar una contradicción: era preciso mantener el equilibrio en los cambios sin poseer casi oro y recibiendo escasos créditos. Pero la política de rearme necesitaba la importación de materias estratégicas y había que comprar además productos alimentarios. La solución estaba en exportar más hacia aquellos países que no estuvieran incluidos en la zona del dólar, del franco o de la libra, donde era difícil competir porque los motivos de prestigio impedían la devaluación del marco.

Alemania puso en marcha unos mecanismos de regulación de los intercambios comerciales en consonancia con el modelo autárquico que evitaran el déficit de la balanza de pagos. En primer lugar, las compras y las ventas en el exterior estaban reguladas por el Reichsbank. Si un importador alemán compraba en Francia entregaba el Reichsbank el monto de la operación en marcos y el banco liquidaba al vendedor francés en oro o en divisas. Las tasas de cambio variaban en función de las operaciones que se realizasen. En segundo lugar, la aparición de cuentas especiales en marcos bloqueados. A los acreedores extranjeros no se les pagaba en divisas, sino que se convertían en titulares de una cuenta en marcos bloqueados en el Reichsbank para comprar mercancías alemanas. En tercer lugar, el establecimiento de acuerdos *clearing* sobre todo con los países del área danubiana y balcánica, que así se colocaban en la órbita económica alemana.

Este último mecanismo tuvo unas repercusiones estratégicas considerables, porque la penetración económica alemana permitió tejer una tupida red de relaciones políticas. Cuando se analizan con mayor detenimiento estos acuerdos *clearing* sorprende que los términos reales del intercambio favorecieran más a los países vendedores de alimentos o de materias primas que a la propia Alemania. El régimen nazi supo sacrificar los beneficios económicos inmediatos en espera de ulteriores beneficios políticos.

Complejo industrial militar

En 1939, el régimen nazi había consolidado un poderoso complejo industrial-militar. En el plano económico, ¿estaba Alemania preparada para la guerra? La respuesta afirmativa por la que nos inclinamos es objeto de matizaciones entre historiadores. También en aquella época, integrantes de la cúpula militar y del entorno próximo a Hítler expresaron sus dudas, en gran medida disipadas por la firma del pacto germano-soviético de 1939, que evitaba, a corto plazo, la guerra generalizada. Por el momento, la elite nazi habría deseado que el binomio poder industrial-diplomacia de fuerza hubiera seguido funcionando cuando Hitler planteó la incorporación de Dantzig al Tercer Reich.

En cualquier caso, la respuesta referida a la preparación de Alemania debe de hacerse en términos comparativos. En 1939, el complejo industrial-militar al servicio del nazismo no admite parangón con Francia e Inglaterra: es muy superior en niveles tecnológicos y en calidad productiva. Pero, más allá del plano económico, la pujanza industrial alemana generó una psicología triunfalista en amplios sectores de la opinión pública de ese país. Además, la propaganda de Goebbels transmitió constantemente la idea del esfuerzo colectivo como base del éxito industrial. La evolución económica, pues, generó estados de opinión muy diferentes, lo que resultó decisivo en los primeros tiempos de la guerra. ■

EL 1939, EL COMPLEJO INDUSTRIAL-MILITAR DEL RÉGIMEN ERA MUY SUPERIOR EN CALIDAD Y TECNOLOGÍA AL DE FRANCIA Y GRAN BRETAÑA

La esencia creadora de la LA RAZA

Para el nazismo, la cultura era la síntesis de los valores tradicionales de la raza, hasta el punto de rendir adoración casi religiosa a una mítica pureza primigenia, amenazada por los intelectuales judíos y marxistas. **Raquel Álvarez** explica la génesis e implantación de esta rancia ideología

Una amplia y rica cultura florecía en la Europa del Este, en Alemania y en lo que fuera el Imperio Austrohúngaro, antes de la Gran Guerra y después de ella, con magníficos pintores, músicos, escultores, arquitectos, escritores, filósofos y científicos. El ámbito en que repercutió el nazismo es mucho más amplio que los estrictos límites del territorio alemán. No sólo por la expansión territorial nazi desde finales de los años treinta, sino por la influencia, o por el conglomerado pangermánico, tan evidente en el ámbito cultural.

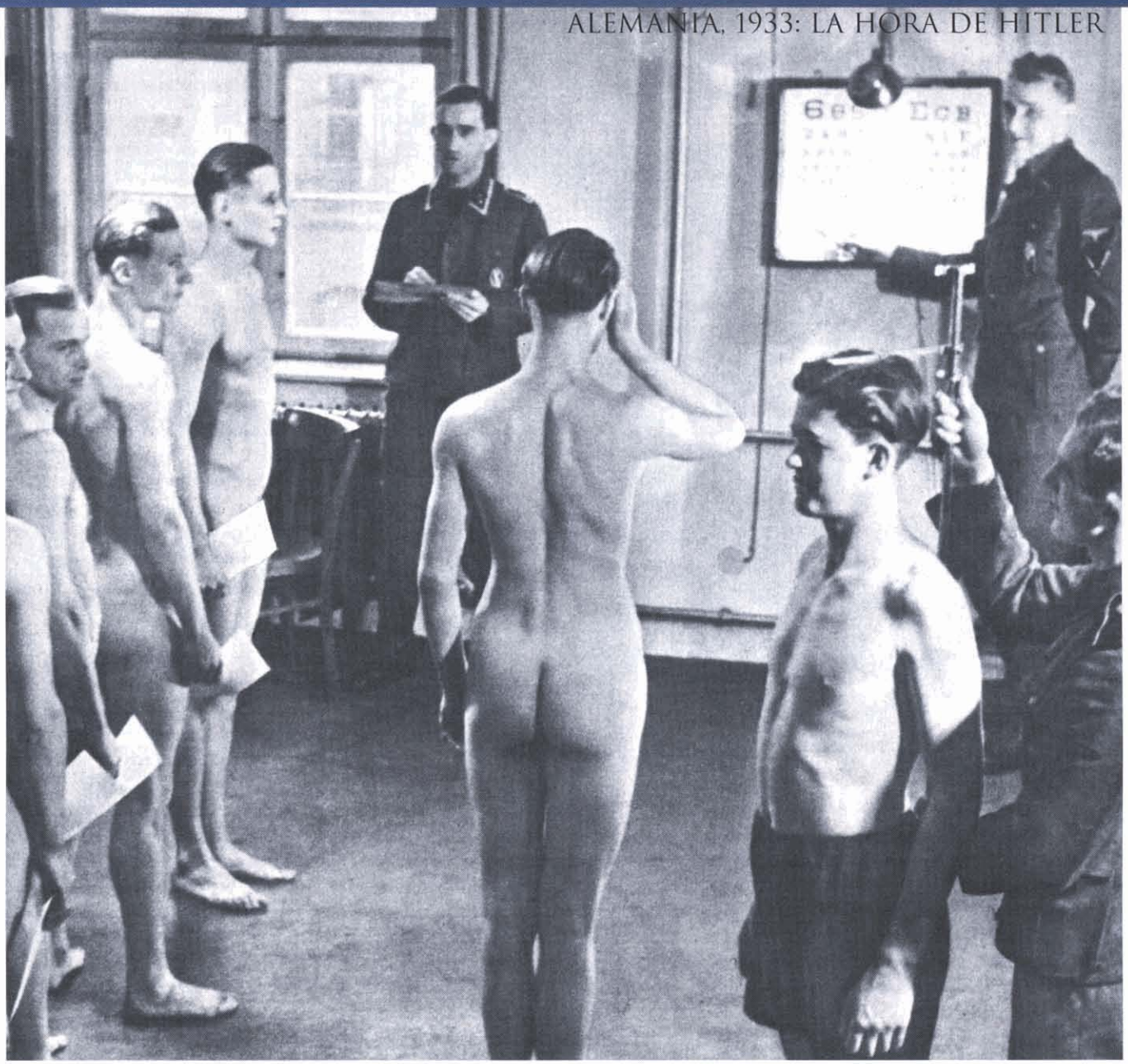
No podemos desconocer la existencia de esa cultura que se desarrollaba en Austria, de las clases intelectuales checas y polacas, de tantos judíos de zonas complejas como Galitzia, de los húngaros y de grupos germanos o germanizados desde el punto de vista lingüístico, que tanto contribuyeron a la cultura centroeuropea y de los importantes núcleos culturales de Viena y Berlín. Toda esa cultura floreciente fue asediada, perseguida y transformada por una nueva cultura que utilizó, para instaurarse, el terror, la persecución y también la simple denegación de su existencia, por medio de la sustitución de la cultura por una doctrina construida en torno a las ideas, más bien las fobias, de un individuo, Adolf Hitler, artista frustrado.

La visión del mundo de Hitler, aunque hubiera elaboraciones teóricas como las de Alfred Rosenberg, Ludwig Ferdinand Clauss y Hans F. K. Günther, fue la determinante de las características de la cultura nazi, que rechazaba todos los movimientos modernos, tachándolos de antialemanes, opuestos al espíritu nórdico, ario. Y los cabecillas de todos esos movimientos culturales eran, fundamentalmente, judíos. Judíos, pero también no judíos, al frente del "arte degenerado", del expresionismo, de los movimientos pictóricos tan críticos con la burguesía alemana –recordemos las tremendas imágenes de Otto Dix y de Georg Grosz, declaradamente antidogmáticas– con sus principios y su estética, tan opuesta a la establecida por Hitler. Éste lo expresa claramente en su discurso de 1937 con ocasión de la exposición, en la Casa del Arte Alemán de Munich, de una muestra de ese arte puramente "alemán". Paralelamente se hizo una exposición de "arte degenerado", que permitía comparar las enormes diferencias. Se refirió en su discurso Hitler a la permanente esencia creadora de la raza alemana. Y señaló las pautas de lo que debía ser el verdadero "arte alemán", un arte que pintara paisajes y escenas campesinas, que pintara la familia y al joven nuevo, sano, fuerte y, sobre todo, heroico en su lucha y colaboración con la nación germánica.

Frente al arte degenerado, los nazis defendieron el **culto al cuerpo** de la raza aria. Ilustración de la revista *Signal*, 1940.

Desgraciadamente para Hitler, también había judíos y rebeldes en la nueva música que, aunque en muchos casos utilizara sus innovaciones, ya no era el canto de Richard Wagner a los Nibelungos, a las esencias de la raza alemana, sino el judío Gustav Mahler y el alemán Richard Strauss, inspirando una nueva forma de hacer música, con el Círculo de Viena, encabezado por

Raquel Álvarez es investigador científico del CSIC, Departamento de Historia de la Ciencia, Instituto de Historia.



Hitler defendía la superioridad racial del alemán, que tenía una misión expansionista. **Reconocimiento médico de quintos**, *Signal*, 1944.

Arthur Schönberg y sus discípulos Anton von Webern y Alban Berg.

También era degenerado el teatro, con judíos y marxistas imperando en él, como Bertolt Brecht, Kurt Weill, Lotte Lenya o Max Reinhardt, el gran director. También el cine estaba contaminado, pues la subida de Hitler al poder provocó una desbandada de directores, actores, etc., como Fritz Lang, G. W. Pabst, Conrad Veidt, Peter Lorre, Robert Siodmark, Max Ophüls, Billy Wilder o Marlene Dietrich, que contribuyeron a engrandecer el cine de Hollywood. Innumerables fueron los escritores y periodistas que tuvieron que huir por ser judíos, de izquierdas o simplemente opuestos al nazismo, con muestras ilustres como Stefan Zweig, Joseph Roth, Arthur Koestler o Franz Werfel –que escapó en coche a través de Francia con su mujer, no judía, Alma Mahler, Gropius, Werfel– y un largo etcétera; y escritores tan significados como los Mann, Heinrich, Thomas, Golo, Klaus, Erika, o Sebastián Haffner, que no aceptaron plegarse a esa "nueva cultura" empobrecedora, racista y totalitaria.

Arquitectura retórica

No podemos olvidar la arquitectura y el diseño, por su importancia esencial. A Walter Gropius, que convoca en torno suyo a grandes creadores y a la Bauhaus. Era ésta una escuela democrática, una "casa de la construcción", que por esa misma razón, y por la riqueza de sus ideas, fue cerrada inmediatamente por el nazismo. Hitler tendrá en Albert Speer a su gran arquitecto, que reflejará la ideología en sus potentes y retóricas construcciones.

La cultura nazi tampoco aceptaba ideas científicas que no encajaran en su visión del mundo, Así sucedió con las concepciones de Einstein sobre la relatividad, rechazadas esencialmente por motivos ideológicos, por importantes físicos, ambos premios Nobel, Philipp Lenard (1905) y Johannes Stark (1919), que se incorporaron al nazismo voluntariamente. Ni nuevas concepciones médicas, como las de Freud. Se utilizaron las ideas de Jung del inconsciente colectivo para combatirlo.

Y, claro está, un sector esencial que los nazis debían ocupar y transformar fue el de la enseñanza a todos los niveles. Había que formar el carácter como elemento clave del nuevo Estado, por

Hitler visita junto a su arquitecto de cámara, Albert Speer (derecha), las **obras de la Casa del Arte Alemán** en Munich, en 1935. Artista fracasado, su gusto estético era grandilocuente.

lo tanto no sólo tenían que introducir como base de la enseñanza las ideas fundamentales de la cultura nazi, la concepción racista, las ideas morales, la idea de la sociedad como un todo orgánico, sino crear instituciones paralelas que, ocupando el tiempo libre, reforzaran las formación con actividades físicas y de grupos, excursiones, campamentos, etc., que moldearan esos elementos sociales que debían ser la masa defensora del movimiento nazi. Se crearon así importantes organizaciones para jóvenes, esencialmente las Juventudes Hitlerianas.

En la Universidad, muchos profesores fueron expulsados o eliminados; otros permanecieron, adaptándose a las nuevas ideas, sincera o falsamente. Víktor Klemperer –primo de Otto Klemperer, director de orquesta que emigró a Estados Unidos–, por tratarse de un judío casado con una aria, consiguió no ser enviado a un campo de concentración, pero no sólo fue despojado de su cátedra de filología, sino que se le fue impidiendo el acceso a los libros y a la lectura, y terminó en la Casa de los Judíos. El caso del filósofo Martin Heidegger fue, y es muy discutido, porque aceptó el rectorado de la Universidad de Friburgo bajo el régimen nazi, entre 1933 y 1934. En su descargo, insistió en que lo hizo pensando en que lo que proponían los nazis era una vuelta a la Universidad como fuente crítica del pensamiento y que no había contribuido a la quema de libros. Pero su figura ha quedado, en gran medida, marcada.

En fin, toda la cultura existente antes del arribo de Hitler al poder debía ser reemplazada por la cultura nazi, para que la Revolución Nacionalsocialista cumpliera con el grandioso deber de crear el hombre nuevo, el alemán racialmente verdadero. Esto significaba responder a una serie de principios esenciales contenidos en esa *Weltanschaung* construida por Hitler, basándose en una serie de ideas y teorías desarrolladas, desde el siglo XIX y a lo largo del siglo XX, dentro de la cultura occidental, en relación con las razas, la importancia de la higiene racial y la superioridad de unas razas sobre otras.

Las ideas eugenésicas, que preconizaban la importancia de la herencia como determinante de la transmisión de buenos y malos caracteres físicos, mentales y morales, nacieron en Inglaterra y Estados Unidos, así como en Alemania a partir de las propuestas evolucionistas de Spencer, Darwin, Haeckel y otros. Estados Unidos y varios de los países europeos preconizaron las medidas de esterilización como forma de eliminar elementos inferiores, portadores de estigmas o enfermedades indeseables. La Alemania nazi llevó al extremo estas posiciones, instaurando no sólo los tribunales eugenésicos, compuesto por jueces y médicos, sino la eutanasia, la eliminación de enfermos, e incluso el "cruzamiento" de seres elegidos (*Lebensborn*), elementos de las SS, por ejemplo, con saludables mujeres germanas, para contribuir a la nueva raza.

Los valores de la sangre y el suelo

Todos esos crímenes se hicieron al servicio de una política de expansión, que se apoyaba en unos pocos y simples elementos. Para Hitler no podía ni debía haber distinción entre la vida particular de cada ciudadano y la política. Había que configurar la sociedad orgánicamente –típica idea nacida en el siglo XIX, influida por el desarrollo de la biología–, de tal manera que toda ella se viese integrada en torno de lo que constituía su finalidad última, establecida por el Partido Nacionalsocialista.

La política era la expresión de la concepción nazi del mundo, que tenía como núcleo destacar la importancia de ser alemán. La política debía ser una toma de conciencia de la raza, de la sangre y del suelo, puntos esenciales para la definición nacionalsocialista de la naturaleza humana. Para que el pueblo recobrase su conciencia de raza se necesitaban "voluntad" y "poder".

La gran creación nazi fue la instalación de una nueva religión que, con sus mitos y ritos, se enfrentaba al cristianismo

Para afirmar ese orgullo de raza, era muy importante contar con un enemigo a quien atribuir la decadencia de esa magnífica raza. Ese enemigo eran los judíos. El antisemitisimo fue elemento esencial de la cultura nazi. También era necesario eliminar a quienes degeneraran la raza, judíos y no judíos, enfermos o quienes no defendieran los

Libro infantil editado por el Partido Nazi. La ilustración contrasta al limpio y trabajador hombre ario con el panzudo y maligno judío, "la peor plaga de todo el Reich".

principios de la raza alemana, la más elevada de las existentes, que necesitaba espacio vital, expandirse y eliminar a los elementos inferiores.

Uno de los éxitos de Hitler fue la creación de una ideologíacargada de emotividad, que permitiera organizar este nuevo Estado basado en la pureza de la raza alemana, ideología que tomó cuerpo en 1934. La gran creación nazi fue la instalación de ritos y mitos que buscaban dirigir y sugestionar a la masa. En realidad, era la creación de una nueva religión, que, aunque con ambigüedades, se enfrentaba al cristianismo. Los mítines eran verdaderos ritos litúrgicos preparados cuidadosamente. Tenemos una gran demostración en la película rodada por Leni Riefenstahl del gran mitin nazi realizado en el impresionante escenario de Nuremberg, *El triunfo de la voluntad*, así como en la exaltación de la cultura física que presenta la película *Olympia*, excelente reportaje sobre los Juegos Olímpicos de 1936, de la misma directora.

Pero también a nivel más pequeño se ritualizaba la vida diaria. Se izaba la bandera nacional en las escuelas, se organizaban festivales, escenografías teatrales que eran en realidad conjuntos ceremoniales litúrgicos, como el Festival del Solsticio de Verano.

La ideología de la revolución nazi se basaba en los más tradicional del pensamiento germánico. Se proyectaba hacia el futuro intentando revitalizar un pasado mítico y se apoyaba en la moral tradicional y en la familia. Aunque el mito del apego a la tierra era esencial, en realidad el nazismo defendía los principios de la moral burguesa.

La exaltación del héroe militar

La base de la nueva sociedad debía ser la entrega de cada uno de sus elementos a la defensa y triunfo de esa sociedad orgánica. De ahí la exaltación del ejército y del héroe, de quien se entregaba a ese programa de recuperación de la raza alemana. A la vez, se denigraba el intelectualismo porque se perdían las raíces de la raza y el pueblo. Pero la sugestión de las masas debía obtenerse en todo el campo de la cultura: literatura, pintura, escultura, arquitectura, teatro, cine y educación general. Por ello, era imprescindible limpiar todos esos ámbitos de cualquier enemigo de la revolución nazi, cuya ideología se basaba en lo más tradicional del pensamiento germánico.

Aunque planteada como revolución, la ideología nazi quería revitalizar un pasado bien establecido e inmutable. Los nazis buscaban imponer una cultura que no admitía cambios ni transformaciones; mucho menos, críticas. Era una cultura que establecía una "verdad" que debía ser aceptada como dada, inmutable, eterna, tan incontestable como el concepto de raza aria. Otro de los triunfos de los nazis fue la rapidez con que esta concepción fue puesta en práctica, inmediatamente después de que Hitler fuese nombrado canciller del Reich. Por un lado, se desplegó la censura sobre libros, semanarios y periódicos extranjeros y se estableció un rígido control de todas las manifestaciones literarias y artísticas del país. Por otro, se estableció –gracias a la pericia y actividad de Joseph Goebbels– una propaganda permanente por medio de discursos, emisiones de radio, publicaciones y mítines masivos que despertaban el entusiasmo del público. Las primeras acciones culminaron con la quema pública de libros en todas las ciudades, base inicial de una nivelación cultural y social.

Pero esencial fue también el aislamiento de la nación, de tal manera que dentro del cerco montado, sin información sobre el exterior ni desde el exterior, se podía indicar a cada uno el camino a seguir para ser un buen alemán. Se englobó a profesionales y obreros en una completa red de entidades creadas por el Partido, de afiliación obligatoria, así como las otras entidades agrupaban a la gente fuera de la profesión o actividad, controlando su vida privada, como las citadas Juventudes Hitlerianas o las Madres Alemanas. Llegó un momento en que el límite entre la esfera privada y la pública desapareció: el Partido nazi manejaba todos los hilos de la nación. Nació el Estado totalitario. ■

PARA SABER MÁS

Burleigh, M., *El Tercer Reich, una nueva historia*, Taurus, Madrid, 2002.
Carreras Ares, J. J., *El Estado alemán (1870-1992)*, M. Pons, Madrid, 1992.
Gellately, R., *No sólo Hitler*, Crítica, Barcelona, 2002.
Haffner, S., *Historia de un alemán, memorias 1914-1933*, Destino, Barcelona, 2002.
Hildebrand, K., *El Tercer Reich*, Cátedra, Madrid, 1988.
Kershaw, I., *Hitler*, Barcelona, Península, 2001.
Morgan, Ph., *Fascism in Europe, 1919-1945*, Routledge, London, 2002.
Solar, D., *El último día de Hitler*, La Esfera de los Libros, Madrid, 2002.
Turner, H. A., *A treinta días del poder*, Edhasa, Barcelona, 2000.